

POESÍA, IDENTIDAD, PREMIOS Y SORPRESAS

Isabel Fraire

El hecho de que los organizadores del concurso Aguascalientes hubieran decidido darle el Premio Nacional de Poesía a Elías Nandino me dio un gusto enorme, que compensó en parte la contrariedad de que mis compañeros de jurado declararan desierto el concurso, juicio con el cual, como se sabe, estuve en desacuerdo, por haber encontrado entre los concursantes libros que leí con interés y entusiasmo y uno en especial que me pareció excelente, y que me acabo de enterar que es original de Enrique González Rojo, ganador del Premio Xavier Villaurrutia, 1977. Por cierto que haber averiguado quién era el autor también me alegró mucho, ya que temí que al destruirse los sobres que contienen los datos respecto a la identidad de los concursantes, no lo sabría nunca, aunque por otra parte estaba absolutamente segura, por la calidad de su poesía, que tendría otros libros publicados, y que este también alcanzaría, en buena hora, un justo reconocimiento.

En cuanto a Elías Nandino, es de justicia que se le premie, porque es un poeta relativamente olvidado, de esos que nunca estuvieron en el candelero,

quizás porque su generosidad y sencillez lo mantuvieron alejado del juego político-literario, y también, claro está, por haberse codeado con gigantes de la talla de Gorostiza y Villaurrutia. De todas formas, su poesía es memorable, y nadie ha discutido jamás su calidad, aunque siempre se recuerde su nombre hacia el final de cualquier enumeración, y como por justicia histórica, pero sin reconocer, en el fondo, los auténticos valores de su poesía.

Nandino, en cambio, se mantuvo en una posición sincera e independiente, e hizo lo posible por ayudar a quienes lo necesitaran sin mayores consideraciones moralistas o elitistas. En su revista Estaciones publicaba a los jóvenes e incluso, según recuerdo. Pasaba (insólita magnificencia para esa época) las notas sobre libros. A veces algunos jóvenes me han preguntado qué hay que hacer para llegar a ser poeta, para ser publicado y reconocido. Creo que son dos preguntas diferentes. El camino para figurar es, evidentemente, no reducirse a vivir, leer, y escribir lo mejor y más intensamente que se pueda, sino dedicar una buena parte del tiempo a cultivar las relaciones con el mundo literario. Lo ideal sería pertenecer a la familia de algún poeta consagrado, ya que en este caso se adquieren por vía natural el buen gusto, la cultura y las relaciones literarias; si esto no fue posible, es aconsejable

acercarse por otros medios, como la imitación, el oído siempre, atento, la discreta alabanza, y la pululación en el entorno inmediato. Si esto se combina con la asistencia incansable a todo tipo de inauguraciones, cocteles, conferencias y demás pachangas culturales y se acompaña de la lectura a todo vapor de las obras más comentadas es seguro que se llegará a ser publicado, mencionado como promesa en proceso de realización, incluido en antologías, y, finalmente, traducido a idiomas extranjeros. Incluso es posible que, gracias a tanto estímulo, y a pesar del tiempo perdido en tan tristes menesteres, se llegue a escribir bien.

Espero, por otra parte, que no todos los poetas-jóvenes sigan este camino, porque si lo hacen es muy improbable que volvamos a tener grandes poetas.

Finalmente, y aunque sólo indirectamente venga al caso, quisiera recordar aquí las ideas manejadas en un artículo que leí hace mucho, llamado *Anatomía del esnobismo*. Apareció en una revista de lingüística estadounidense pero, aunque la guarde muchos años, de momento me es imposible localizarla. En este artículo se analizaba el fenómeno por el cual el conocimiento de la identidad del autor influye en la apreciación de la obra. Un original firmado vale más que un original sin firma y un original cualquiera más que una reproducción (salvo en el caso de que el copista sea Rubens, por ejemplo). Igualmente y por

el mismo motivo una obra mediocre de un autor famoso vale más que una gran obra de un autor desconocido. Según el autor del artículo esto se debe a que la conciencia de la identidad del autor influye, inevitablemente, en nuestra apreciación de la obra. Y esto, por diversos motivos. Por una parte se relaciona con el resto de la obra total y se integra a ella. Por otra, la conciencia de la identidad del autor predispone favorablemente al descubrimiento de valores que de otra manera podrían pasar desapercibidos.

Pienso que Corot, uno de los precursores del impresionismo, que alcanzó en vida un gran valor en el mercado, y se daba el soberano lujo de firmar obras de amigos suyos, para que pudieran venderlas bien, es un espíritu afín al de Nandino. Me alegro, pues, de que se haya decidido otorgarle el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes ya que seguramente, una vez laureado, su obra recibirá por fin la lectura atenta que durante tanto tiempo había merecido.

Periódico "UNO más UNO"
sábado 5 de mayo de 1979.